



lunes 12 de julio de 2004

la tercera

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD, UNA NUEVA ENCRUCIJADA

Por CÉSAR NOMBELA/

CON una nueva legislatura en marcha, es importante reflexionar acerca de cuáles son los objetivos que importan a la sociedad española, mucho más cuando los procedimientos de la democracia nos sitúan ahora en un escenario muy diferente del que prácticamente todos preveían hace unos meses. Una sociedad que experimenta sacudidas, de la envergadura de las que han afectado a la sociedad española, tiene la oportunidad de demostrar su madurez precisamente reforzando lo que es esencial en su proyecto colectivo de apertura al futuro. La identificación de todo aquello que puede inspirar nuestro proyecto colectivo, el que nos siga configurando como ciudadanos libres de una nación plural, es el ámbito más adecuado para seguir exigiendo eficacia a los gobernantes, también en situaciones en que la alternancia -necesaria siempre en democracia- nos llegue de manera imprevista y que muchos podemos considerar poco comprensible. Igualmente lo es para discernir y rechazar aquellas propuestas de quienes pretenden volver a revisar, una y otra vez, lo que son los fundamentos de una convivencia secular, en la que podemos seguir apostando por nuestro progreso y bienestar.

He señalado que el logro de un lugar adecuado en el mundo de la ciencia debe ser un factor de cohesión nacional, superando de esa forma prolongadas insatisfacciones de nuestra sociedad. La Universidad constituye una institución fundamental, instrumento de esa sociedad del conocimiento, que nos permitirá competir mejor en el mundo a estas alturas de la historia y de ahí aspirar al mayor bienestar, libertad y capacidad de influencia.

La institución universitaria ha estado muy presente en los avatares de la vida española en las últimas décadas. Muchos de los que en estos años nos hemos entregado apasionadamente a la docencia y la investigación universitaria en España constatamos una etapa de luces y sombras. En mi opinión, el mayor estímulo está en la incorporación a la carrera universitaria de un número importante de personas preparadas a lo largo de extensos períodos de formación en instituciones de gran nivel, españolas y extranjeras. No siempre la selección ha sido la mejor, por lo que la Universidad española es, y sigue siendo, un mosaico, en cuanto a calidad de los grupos que la integran. Pero no cabe duda de que, pese a todo, han existido oportunidades de incorporación con carácter permanente para personas que han logrado niveles importantes de preparación académica para la docencia y la investigación. Un análisis crítico de conjunto, sobre aspectos tales como la evaluación investigadora o la capacidad de obtener recursos externos para investigación, por parte del profesorado, revelaría el alcance de lo que de positivo tiene este aspecto. Igualmente están por valorar cuáles han sido las mejores iniciativas de perfeccionamiento de la formación que las universidades españolas vienen impartiendo.

Todo esto se ha venido produciendo en un contexto en el que la forma de organización, la estructura académica y de gobierno del que se ha dotado a las universidades públicas, no acaban de configurar un modelo apropiado para la consecución de los mejores objetivos de una institución de educación superior. Entre estos, deben estar sin duda el ser el ámbito para la canalización de las mejores capacidades de los universitarios, en el logro de la excelencia académica. Necesitamos que la Universidad se sitúe a la vanguardia del conocimiento en el cultivo de la ciencia y la tecnología, ello es la base para aportar los profesionales que la sociedad demanda. El pacto, continuamente reclamado, entre una Universidad que requiere más atención y medios, y los poderes públicos que exigen

rendimientos y calidad de trabajo de una Universidad que es autónoma, tiene que articularse en términos no sólo de transparencia sino de eficacia.

La Universidad es una institución milenaria pero más actual que nunca. Continúa vivo el debate sobre el modelo de Universidad que cada sociedad necesita, al tiempo que se marcan con claridad cuáles son las universidades del mundo con verdadero liderazgo, aquellas que aciertan en organización, selección de personal y resultados. A mi juicio, la pauta viene marcada por aquellas universidades que han sabido -y podido- conciliar el modelo más clásico, de institución que apuesta por el desarrollo del conocimiento a través de la investigación de frontera, con el talante actual de Universidad emprendedora, capaz de abrir nuevas iniciativas acordes con las exigencias de estos tiempos. La consecución de abundantes recursos, por parte de las universidades líderes, es el resultado de una combinación armónica entre la selección exigente de su personal y un gobierno que canaliza de la mejor forma las energías y capacidades de todos.

El dinamismo de la institución universitaria implica el vivir continuamente en situaciones de encrucijada; así ocurre actualmente para el conjunto de las universidades españolas. Son dos, a mi juicio, los puntos de referencia en los que fijar los nuevos impulsos que proyecten a nuestras universidades hacia el futuro. La investigación es el ámbito en el que la Universidad se juega su propio ser. Lo es para que la tarea docente alcance el nivel exigible en estos tiempos, al igual que para que la Universidad contribuya al desarrollo económico y el bienestar social. Poco tiene de nuevo esta afirmación, pero encontrar el sitio que a cada institución universitaria corresponde en el terreno de la investigación, competir adecuadamente en la creación de conocimiento, supone una iniciativa fundamental para el gobierno y la organización de las universidades.

Los aspectos que hacen que la investigación sea útil no son contradictorios con los que tradicionalmente han dado valor a la investigación universitaria, como aventura intelectual para expandir las fronteras del conocimiento, inspirada en el ansia de conocer y descubrir que es inherente a la condición humana. Más bien la refuerzan e intensifican. Lo mismo que el principal activo de muchas corporaciones mercantiles está en la propiedad intelectual, que en muchos casos vale mucho más que otros elementos patrimoniales, el valor de una universidad, si hubiera de tasarse adecuadamente, estaría en el potencial de su personal para el cultivo de todo aquello que signifique avance en el terreno del conocimiento, incluyendo su capacidad de transmitirlo.

Las nuevas titulaciones son el reto más inmediato por la envergadura del proceso de convergencia y de incorporación de los principios de la Declaración de Bolonia. Cuando hay que organizar titulaciones de nueva planta, pre- y postgraduadas, junto con los planes de estudio en los que se sustenten es preciso recordar experiencias recientes, de apenas hace quince años, en las que sobró burocracia y faltó creatividad con resultados que obligaron a revisiones muy rápidas y ajustes significativos en el sistema establecido. Una Universidad creadora de conocimiento y capaz de transmitirlo como los tiempos demandan tiene que ser objetivo esencial para la próxima legislatura. Serán necesarias lucidez, creatividad y esfuerzo para optar por el camino más exigente, aquel en el que la Universidad y la sociedad que la sostiene se fertilizan mutuamente con ideas y exigencias a la altura de lo que exige el conocimiento actual y su transmisión.